

# Los raros

## El arte de curar

Rosa Beltrán

Son muchos los autores que han escrito contra la idea de que la literatura tenga otro fin que ser fiel a sí misma. La literatura, la verdadera literatura, no se escribe para hacernos más buenos, más sabios ni más virtuosos. Esa es quizá la principal diferencia entre literatura y autoayuda. Tampoco es verdad que los buenos escritores sean buenas personas. En el siglo XX más que en ningún otro la historia de la literatura deja clara la diferencia entre quien escribe y lo escrito. De Knut Hamsun a Pound pasando por Céline y Jünger es claro el deslinde entre talento y fascismo. Es extraño pensar que quienes no fueron un dechado de virtudes puedan enseñarnos a ser mejores.

No obstante, la literatura y en particular la poesía han estado muy vinculadas a la medicina. “El poeta es un curandero”, dice W. H. Auden, y aunque no existe un registro de resultados la “biblioterapia” es antiquísima. El faraón Ramsés II grabó en el frontispicio de su biblioteca: “Remedios para el alma” y, contradictoriamente, los griegos escribieron tratados sobre el poder curativo de la palabra al tiempo que recomendaron poner a Homero una corona de laureles y expulsarlo de la ciudad.

Aunque persigan fines distintos, la tarea común del médico y el escritor es partir del síntoma. Los *thrillers* y la novela negra actuales son verdaderos tratados de sicología (y sociología) que ahondan en patologías de la mente difícilmente exploradas o expuestas con tal nivel de hondura por los estudios más especializados que adjudican las causas de casi cualquier problema a lo “multifactorial”, sin mayores explicaciones.

Hoy día hay una particular fascinación por el *thriller sociológico* y uno de los per-



Jan Steen, *La enferma de amor*, 1660

sonajes contemporáneos más apreciados es el sicópata. Desde Hannibal Lecter de *El silencio de los inocentes*, hasta Patrick Bateman de *Sicópata americano* pasando por *A sangre fría*, esa novela-reportaje de Truman Capote, nos ha intrigado saber cómo opera la mente humana cuando se explora desde lo que llamamos “el mal”. El mal radical que nos habita.

Lionel Shriver, quien es capaz de adentrarse en el misterio del comportamiento sin resolver jamás las incógnitas, es una de las autoras que a mi juicio hacen el mejor diagnóstico de nuestro tiempo. *Tenemos que hablar de Kevin* y *Big Brother* tratan dos de los problemas clave de nuestro tiempo: cómo se hace un sociópata y qué esconde la obesidad mórbida. En los dos casos, la pregunta oscila entre “naturaleza” y “crianza” (*Nature vs nurture*). Lo que

queda claro es que la distinción entre ambas empieza a ser más difusa.

Es probable que el mayor emblema del médico-escritor sea Chéjov. Su trabajo consistía en escuchar a sus pacientes, es decir, en “auscultarlos” y darles algunas palabras de consuelo. Y después, de noche, escribía sus historias. No escribía con la idea de curar a nadie, pero al leerlo uno siente que comprende mejor, que tiene una idea más amplia de nuestra pequeñez, de nuestra incapacidad de comunicarnos con otros. Siente que comprende los males de entonces, que son los mismos de ahora, aunque cambien de apariencia.

La palabra empleada como *mantra* nos comunica con algo profundo que significa algo más que lo que ella nombra. Detrás de las palabras hay realidades vivas que nos hacen descubrir estados de ánimo, reac-

ciones que no podíamos prever antes de darles lectura. Borges afirmaba no encontrar en Chesterton “una sola página que no ofrezca una felicidad”. Hay quien compara el efecto feliz de ciertas lecturas con las palabras de consuelo que nos daban cuando éramos pequeños y nos hacíamos daño. La palabra como *placebo*, medicina que nos cura.

En *Algunas gotas de Reyes*, Armando González Torres asocia la idea del poder curativo de las palabras a la obra de Alfonso Reyes, quien adquirió ese poder lenitivo de los griegos: “En su deslumbrante *La curación por la palabra en la antigüedad clásica* Pedro Laín Entralgo hace un exhaustivo recuento de la forma en que los griegos exploraron las propiedades terapéuticas de la literatura, desde las aspiraciones mágicas del ensalmo y el conjuro hasta el solaz curativo de la poesía. Ciertamente, la literatura ejerce efectos fisiológicos, produce placidez o espasmos, acelera o equilibra el pulso, estimula o ahuyenta el apetito. En el caso de Alfonso Reyes, su literatura debería prescribirse para los distintos males de la apatía y la acedia. Casi no hay un momento poco

afable en la obra de Reyes, que siempre está aliñada, jovial, sonriendo de manera inteligente”.

Muchas de las autoras contemporáneas más jóvenes coinciden en el poder benéfico de la literatura, al margen del tema de lo escrito, que puede ser y muchas veces es terrible. Cuando a Sofi Oksanen, la escritora finlandesa autora de *Purga*, le preguntan si la literatura sirve para denunciar los abusos de poder, responde: “La verdad es que pienso que la literatura es buena para todo. Puedes alcanzar algo que es imposible con la ciencia, por ejemplo. La literatura trabaja con simples palabras, es cierto, pero te permite entender mucho más entre líneas. La literatura puede alcanzar tu corazón. No estoy segura si mi mundo en los libros es positivo pero espero y creo en el poder curativo de la literatura. Creo que las personas pueden entender diferentes situaciones mucho mejor a través de la literatura y tratar de entender algo que no saben”.

Por su parte, Nicole Krauss afirma: “Creo que [la literatura] permite sentir que uno está conectado con otras personas. Pienso que en nuestro mundo, siempre,

pero especialmente hoy, hay una gran soledad, un enorme sentimiento de no saber cómo conectarse o conocer a otra gente, de estar algo perdido. Leyendo se genera una profunda relación e intimidad con el escritor y con los personajes y sus vidas, y eso es una suerte de cura. No digo que uno siempre se sienta mejor al finalizar un libro, pero siempre pienso que uno aprende acerca de la empatía, de la compasión, de cómo ser con otras personas”.

Estoy convencida de que la literatura nos ayuda a sobrevivir. Leer nos enseña a transitar por este mundo y además por otros mundos. Por todos aquellos que no podemos vivir más que de forma vicaria. La literatura es un viaje hacia dentro y hacia afuera. Por una parte, nos “saca de nosotros mismos” y esto es ya una curación. El mundo sería invivible si tuviéramos que habitarlo sólo oyéndonos a nosotros mismos. Y no obstante, leer es el viaje más profundo al interior. “Todos los libros del mundo no te dan felicidad, pero te conducen en silencio hacia ti mismo”, dice Hermann Hesse. Ciertamente, este viaje no es en sí mismo una curación. Pero puede ser el principio. **U**



Samuel Luke Fildes, *El doctor*, 1891